

Gonzalo Fernández de la Mora, (Pról. De P.C. González Cuevas)

La envidia igualitaria

MADRID, ÁLTERA, 2011

Friedrich Nietzsche explica que “lo que constituye, sin lugar a engaño, la característica más genuina de las almas y de los libros modernos no es la mentira, sino su *inocencia* a ultranza dentro de su falsa moralidad”, por ello, constituye una novedad la reedición de esta obra de Gonzalo Fernández de la Mora, para Dalmacio Negro, “uno de los mayores pensadores políticos españoles del siglo XX”, prologada por Pedro Carlos González Cuevas, para quien el autor, “fue el único intelectual de la derecha española capaz de reflexionar sobre los fundamentos teóricos y epistemológicos de un nuevo conservadurismo; y que intentó dar respuestas alternativas a la nueva situación social y política sin caer en las viejas fórmulas”, y que en el sentir de Brian Crozier es, “uno de los más profundos filósofos conservadores en el mundo”.

Su tema, la envidia, para Scheler Max “surge del sentimiento de impotencia que se opone a la aspiración hacia un bien, por el hecho de que otro lo posee. Pero el conflicto entre esta aspiración y esta impotencia no conduce a la envidia, sino cuando se descarga en un acto o en una actitud de odio contra el poseedor de aquel bien; cuando, por virtud de una ilusión, nos parece que el otro y su posesión son la causa de que nosotros no poseamos (dolosamente) el bien”.

De la importancia de la envidia nos da cuenta el Décimo Mandamiento; “no codiciaras la casa, no codicies su mujer, ni su esclavo o esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca” Éxodo 20, 17; en la Biblia se exhorta que aquel que peque de envidia y celos “que el Señor te convierta en ejemplo de maldición ante el pueblo, y haga que el vientre se te hinche y que su criatura se malogre”, Números 5. 20; “no codicies la mujer de tu prójimo. No desees la casa de tu prójimo, ni su campo, ni su esclavo o su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca”, Deuteronomio 5, 20; porque “donde esté tu tesoro, allí estarás también tu corazón”, Mateo 6,21. El poeta Ibn Mazam se mostraba conforme con que “nadie es profeta en su patria. Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes tienen envidia al sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte”;

Para Gonzalo Fernández de la Mora, la envidia nace de la situación de natural superioridad del otro, que supuestamente le genera felicidad, y que el envidioso quiere hacer desaparecer. Para ello, todos los esfuerzos se consagran a rebajar al superior, exigiendo, por ello, la igualdad entre los inferiores y los superiores. El antídoto de la envidia es la emulación y la jerarquización. Las consecuencias de la envidia son muy negativas para la sociedad que la padece, al impedir desarrollar el orden social natural basado en la jerarquía. Fernández de la Mora analiza que los gobernados se dividen por obra de la clase política, para así enfrentarlos, y equilibrar sus fuerzas. *Divide*

et impera. Así la clase dirigente escinde a las masas en agrupaciones contrapuestas. Dividen a los gobernados en presuntos “privilegiados” y en “pueblo”, u “oprimidos”. La técnica habitual para promover una alianza ente gobernantes y “pueblo”, frente a los “privilegiados” u explotadores”, es fomentando la envidia colectiva.

Así, para Gonzalo Fernández de la Mora, los políticos demagogos, establecen alianzas entre los envidiosos contra los envidiados. Nuestro autor lo define como “establecer una alianza entre los que tienen envidias comunes para llevar a término las acciones negativas contra los envidiados a que les mueve su pasión”. El sentimiento de envidia alimentado por los políticos demagogos en una sociedad en donde aparentemente defiende como un valor supremo la igualdad entre los individuos, la existencia de desigualdades reales, crea un sentimiento de resentimiento, ya que “la democracia confunde además la libertad con la igualdad, hecho que descansa en profundas razones psicológicas: si todos somos iguales, nadie es superior, a nadie habrá que temer, y esta falta de temor es sin duda la única y más auténtica libertad”, en opinión de Erik Von Kuehnelt-Leddihn.

Este sentimiento y su utilización política, revela, en parte, los grandes movimientos políticos del siglo XX. Así, para Joseph Epstein, el feminismo y el marxismo son envidiosos; “el movimiento feminista moderno se ha fundado en una envidia impersonal y generalizada”; y para el marxismo “la envidia es su permanente acicate, su combustible y su razón de ser”. Para Vicente Risco “el marxismo es una fe, y esta fe se mantiene por un sentimiento. Este sentimiento es la manía, si no justa, justificada en muchos casos, en todo caso natural y lógica, conocida la naturaleza humana, de los de abajo a los de arriba; la envidia del que no tiene al que tiene, del que no puede al que puede, del que no sabe al que sabe”. Y Brian Crozier considera que “el proyecto socialista tiene, sin embargo, una fuerza motriz mucho más poderosa, totalmente vil, es la envidia”. Por ello, N. Rothbard, no duda en afirmar que “para montar una respuesta efectiva al reinante igualitarismo de nuestra época es necesario, pero además suficiente, demostrar lo absurdo, la naturaleza anticientífica, contradictoria de la doctrina igualitaria, así como las desastrosas consecuencias del programa igualitario”.

El libro tras un breve epílogo concluye así: “no hay que cultivar el odio, sino el respeto al mejor; no el rebajamiento de los superiores, sino la autorrealización propia. La igualdad implica siempre despotismo, y la desigualdad es fruto de la libertad. En lugar de molturación, individualización; y en vez de confusión, gradación. Que la sociedad sea promotora de mutaciones personales y no una matriz clónica o un gigantesco raserero. En lugar de la tóxica envidia igualitaria, la creadora emulación jerárquica”. Para Gonzalo Fernández de la Mora el correctivo de la envidia es la emulación, la voluntad de ser mejor, de alcanzar aquello que se desea, en total y plena Libertad.

Álvaro Rodríguez Núñez

Universidad de Santiago de Compostela